

A CARRETILLA DEL GNOMO LADRON



LECCION MARUJITA

Nº 62

La carretilla
del gnomo ladrón

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

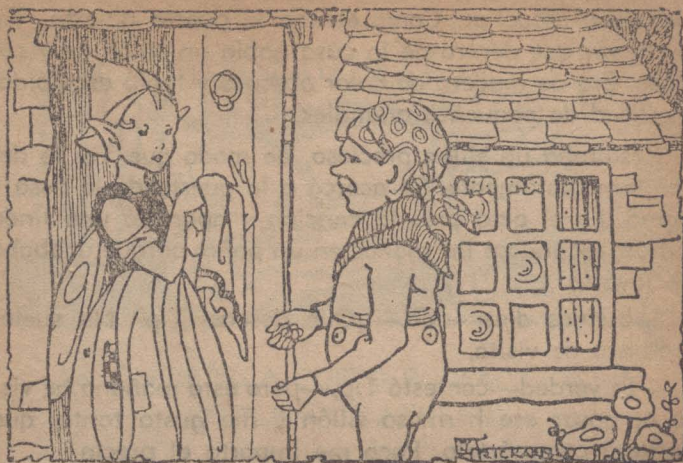
LA CARRETILLA DEL GNOMO LADRON



Había una vez un gnomo llamado Tip, que vivía solo en una casita situada en el extremo del Pueblo. Tenía muy pocos amigos y, al parecer, no se ocupaba en ningún trabajo. La razón de esto último era que poseía una carretilla encantada. La vió colgada en una tienda y, como era más listo que la mayor parte de los gnomos, comprendió que estaba encantada. La compró y se la llevó a su casa. Pronto pudo averiguar las cosas de que era capaz la carretilla y, en realidad, aquel instrumento se portaba de un modo muy raro.

A medianoche la carretilla salía por sí sola, rodando sobre su única rueda, como si alguien la empujase. Y luego volvía a casa llevando cualquier cosa que a Tip se le hubiese antojado. ¿Qué os parece?

Ya se comprende que no tuviera necesidad de comprar ropa ni comida. Cuando deseaba un poco de jamón, una tableta de chocolate, un pastel u otra cosa cualquiera, empezaba a danzar lentamente en torno de la carretilla, tres veces en una dirección y otras tantas



—¡BUENOS DÍAS!—DIJO LA SÍLFIDE.—¿QUE DESEAS, TIP?

en la opuesta, pronunciando, al mismo tiempo, el nombre de la casa deseada.

Luego, en cuanto el reloj del pueblo daba las doce, aquella extraña carretilla salía por sí sola, rodando. Tip ignoraba adónde se dirigía. Pero siempre regresaba con lo que se le había pedido. Era maravilloso. De este modo obtenía toda su ropa, y se hizo con un reloj nuevo, un gramófono, un canario en una jaula, una alfombra, y un aparato de radio. No hablaba a nadie de su carretilla mágica, de modo que sus vecinos no comprendían el hecho de que, si bien el gnomel no se dedicaba a ningún trabajo, estuviese provisto de cuanto le hacía falta.

Cierta día, Tip salió de paseo y llegó ante una linda casita amarillenta cuyas ventanitas tenían unas bonitas cortinas azules. Dentro cantaba alguien y el gnomel se

detuvo a escuchar. Como estaba la puerta abierta, Tip pudo ver que dentro de la casa había un sillón muy curioso. Era de madera de color oscuro y tenía esculpidos multitud de pequeños animales.

Resultaba un sillón precioso, de modo que Tip lo deseó inmediatamente. Se acercó a la puerta de la casa y llamó. En el acto cesó la canción y apareció una linda sílfide, secándose las manos en un paño, porque acababa de lavarse.

—Buenos días—dijo.—¿Qué deseas, Tip? No sueles ir nunca de visita.

—Es verdad—contestó Tip,—pero esta mañana he visto al pasar ese hermoso sillón y me gusta tanto, que quisiera comprártelo. Poco me importa el precio

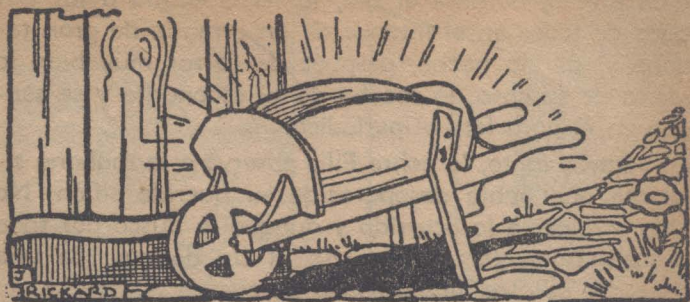
—Pues lo siento muchísimo, pero no puedo vendértelo—contestó la sílfide.—Mi retatarabuelo lo esculpió para su hijo y así, de uno a otro, ha llegado a mis manos, de modo que en la familia le tenemos mucho aprecio.

—Eso es una tontería—replicó el gnomo.—Y, si hace tanto tiempo que está en vuestra casa, lo natural es que estéis hartos de verlo. Te ruego, pues, que me lo vendas.

Pero la sílfide Filis no quiso; por último, y ante la insistencia del gnomo, cerró la puerta de la casa y dejó a éste muy irritado en la parte exterior.

Con un humor de perros regresó a su casa. Tenía clavado en el alma el recuerdo de aquel sillón y se preguntaba cómo podría obtenerlo. De pronto se le ocurrió un plan nada recomendable. Aquella misma noche se lo pediría a su carretilla encantada.

En cuanto se puso el sol, Tip empezó a danzar solemnemente en torno de la carretilla, pidiéndole el sillón esculpido de Filis y luego esperó.



LA CARRETILLA QUEDÓ RODEADA DE UN RESPLANDOR AZULADO

En cuanto el reloj del pueblo empezó a dar las doce, se levantó la carretilla y empezó a rodar.

Tomó la dirección de la casa de Filis y, en silencio, penetró en ella.

En aquel momento empezó a brillar un resplandor azulado sobre la carretilla. Era la magia que actuaba. Al mismo tiempo se oyó un leve ruido en la dormida casita. Era el sillón que se movía, atraído por la magia.

Abrióse la puerta y el sillón salió en silencio. La puerta se cerró otra vez y el sillón subió de un salto a la carretilla. Hecho esto se apagó el resplandor azulado. La carretilla se alejó sin ruido en dirección a la casa de su dueño. Éste, muy excitado, aguardaba en su cocina. No se atrevía a confiar en que la carretilla le llevase el deseado sillón, pero al poco rato, vió que se habían cumplido sus deseos. Tomó el mueble y, lleno de gozo, empezó a contemplarlo. Y tan maravillado quedó al examinarlo con más detenimiento, que resolvió no dejarlo ver de nadie y utilizarlo únicamente por las noches.

En efecto, durante el día, lo tenía oculto a las miradas de todos en el interior de un armario de gran tamaño y, por la noche, después de cerrar muy bien la puerta de su casa, lo sacaba de su escondrijo y se sentaba en él para leer el periódico.

Mientras tanto, la pobre Filis observó a la mañana siguiente que había desaparecido su querido sillón. No pudo explicarse lo ocurrido y aunque lo buscó por toda la casa, tuvo que convencerse al fin de que, de una manera o de otra, había salido de ella.

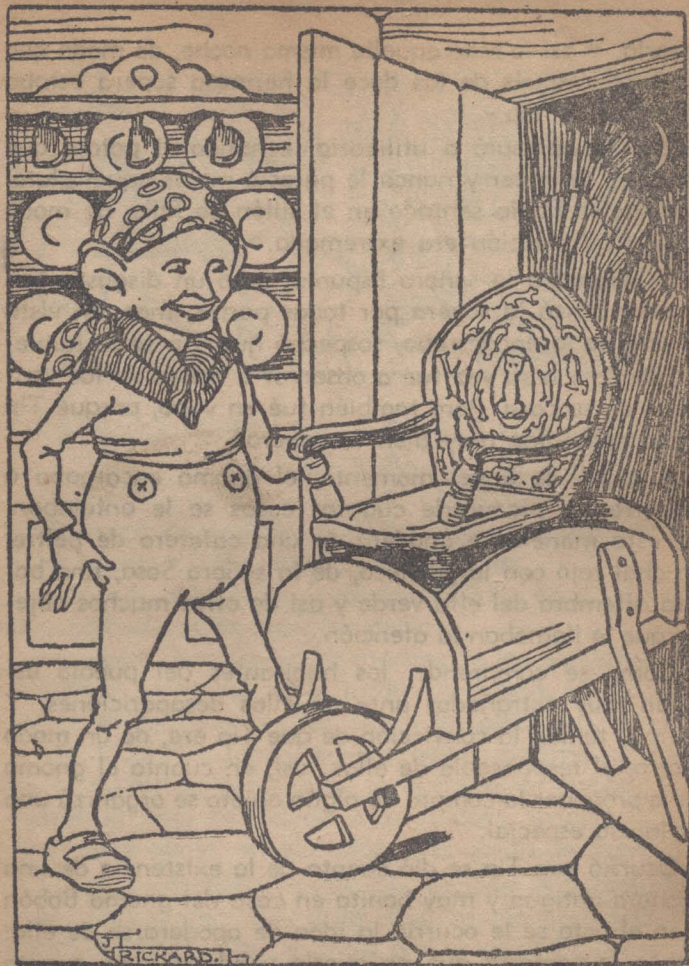
Luego recordó que el gnomo Tip había querido comprárselo, y sospechando que se lo hubiese quitado, resolvió ir a ver si era así. La casa de Tip constaba únicamente de dos habitaciones, provistas de ventanas, de modo que Filis, sin necesidad de entrar, pudo convencerse de que allí tampoco estaba su sillón.

La sílfide se alejó muy asombrada y triste y Tip, que, precisamente, regresaba a su casa, pudo ver a la hermosa sílfide. Adivinó que había mirado a través de los vidrios de la ventana, y sonrió satisfecho al pensar en que, precavidamente, había ocultado el hermoso sillón.

Tip deseó, luego, una hermosa sopera que había visto en casa de la señora Espuma, que era la lavandera del pueblo. Aquel era el único objeto bonito que poseía la pobre mujer, y a pesar de su necesidad, nunca había querido desprenderse de ella.

La sopera era de madera de cerezo y en su borde había una fila de gatitos esculpidos que la hacían muy linda. Tip quiso comprarla, pero la señora Espuma no consintió en vendérsela, a pesar de que el gnomo le ofreció diez monedas de oro.

En vista de que no podía obtenerla de este modo, el gnomo resolvió encargarse a su carretilla que fuese a re-



LA CARRETILLA ENTRÓ LLEVANDO EL SILLÓN
DE FILIS

cogerla. Y así lo hizo aquella misma noche, de modo que un poco después de las doce la hermosa sopera estaba en poder de Tip.

Éste se apresuró a utilizarla, echando el potaje que acababa de hacer y nunca le pareció mejor aquel plato. Además se había sentado en el sillón de Filis, de modo que su satisfacción era extremada.

En cuanto a la señora Espuma, tuvo un disgusto tremendo. Buscó la sopera por todas partes, mas, en vista de que no la encontraba, sospechó que Tip se la hubiese robado y a su vez fué a observar a través de las ventanas de su casa. Pero también fué en vano, porque Tip había escondido muy bien la sopera.

A partir de aquel momento, el gnomo encargaba a la carretilla procurarle cuantas cosas se le antojaban. De esta manera se apoderó de una cafetera de peltre, un chal rojo con largo fleco, de la señora Sosa, una bonita alfombra del elfo verde y así de otros muchos objetos que le llamaban la atención.

Como se comprende, los habitantes del pueblo estaban muy extrañados ante aquellas desapariciones. Y además tenían la convicción de que Tip era, de un modo u otro, el responsable de ellas; así, en cuanto el gnomo fué a proponer la compra de algún objeto se organizó una vigilancia especial.

Ocurrió que Tip se dió cuenta de la existencia de una cuchara antigua y muy bonita en casa del gnomo Bobón y en el acto se le ocurrió la idea de apoderarse de ella. Bobón le contestó que no quería venderla y en cuanto Tip se separó de él, el dueño de la cuchara convocó una reunión.

—Estoy seguro de que Tip me robará la cuchara esta noche—dijo.—Creo que conviene estar al acecho. Nos



TIP SACÓ LA SOPERA DE LA CARRETILLA Y LA LLENÓ DE SOPA

ocultaremos todos en mi jardín al amparo de los arbustos y en cuanto él se presente lo cogemos.

—Sí, y le obligaremos a decir dónde ha ocultado nuestras cosas—exclamaron los demás.

En efecto, aquella noche muchos de los habitantes del pueblo se ocultaron en el jardín de Bobón, sin hacer el menor ruido, pero con los ojos y los oídos muy atentos.

Tip, mientras tanto, en su cocina, bailaba en torno de la carretilla, pidiéndole la cuchara de Bobón, y en cuanto el reloj del pueblo dió las doce, la carretilla se alejó calle abajo, en dirección a la casita de Bobón.

Los que acechaban oyeron la llegada de la carretilla y se preguntaron qué sería. Con la mayor cautela se asomaron para mirar, y al ver que la carretilla avanzaba sola, se quedaron muy extrañados.

—Silencio—recomendó Bobón, muy excitado.—Vamos a ver lo que hace. Tal vez no es Tip el ladrón, sino la carretilla.

Vieron cómo ésta se detenía ante la casa y observa-

ron el resplandor azulado que la rodeaba. Luego, con extraordinario asombro por parte de todos, abrióse la puerta y la hermosa cuchara de Bobón se metió de un salto en la carretilla. Desapareció entonces el resplandor azulado y la carretilla se alejó rodando.

—Seguidla—murmuró Bobón.

Todos echaron a correr tras ella y al ver que se metía en casa de Tip, comprendieron que no lo habían acusado injustamente. El gnomo era el verdadero ladrón.

Luego todos regresaron a casa Bobón y le dieron cuenta de lo que habían visto.

—Me apoderaré de esa carretilla para examinarla—dijo Bobón.—Y será muy divertido utilizarla para traer aquí a Tip, ¿no os parece? En fin, ya veremos lo que puede hacerse. Dejadlo a mi cuidado. Venid mañana por la noche, que quizá nos divertiremos.

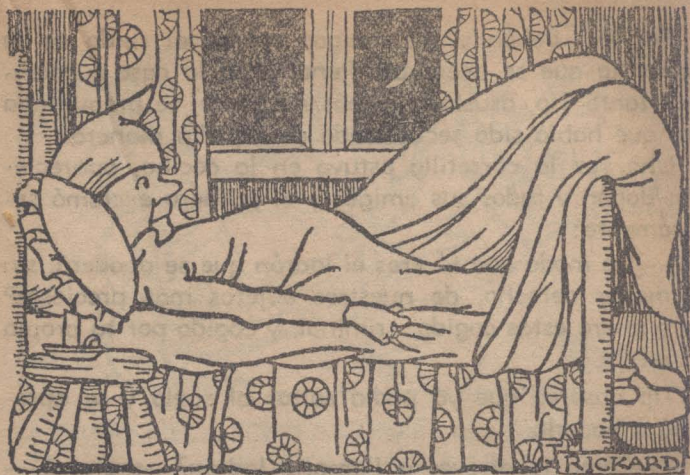
Al día siguiente, Tip se dirigió a otro pueblo, con objeto de visitar a su tía, de modo que Bobón pudo ir a casa de aquél para examinar la carretilla. Como había supuesto, vió que estaba encantada y se la llevó a su casa sonriendo malignamente. Aquella noche Tip tendría una desagradable sorpresa.

Bobón mostró la carretilla a sus amigos y les explicó en qué consistía la magia que poseía.

—Mi tío Periquito tenía una carretilla igual, de modo que sé muy bien cómo funciona. Esta noche vamos a gastar una broma pesada a Tip para castigarlo por sus robos.

Así, un poco antes de las doce, Bobón empezó a danzar solemnemente en torno de la carretilla, tres veces en una dirección y otras tantas en la opuesta, exclamando al mismo tiempo:

—Tip, Tip, Tip.



TIP SE SINTIÓ ARRASTRADO POR UNA EXTRAÑA FUERZA

La carretilla, en cuanto dieron las doce de la noche, salió de la casa y se dirigió a la del gnomo.

Bobón y sus amigos aguardaban con el mayor interés en casa del primero, preguntándose cuánto tardaría en regresar la carretilla. Ésta, mientras tanto, se dirigió a casa de Tip, se detuvo ante la puerta y mientras su antiguo amo estaba dormido, se rodeó del resplandor azul y entonces Tip tuvo uno de los mayores sustos de su vida.

Sintió una fuerza que lo sacaba de la cama. La ropa se alejaba por sí misma, y aunque él se agarró al colchón, ello no le sirvió de nada. No tuvo más remedio que dejarse arrastrar y, por fin, fué a parar dentro de la carretilla.

Se preguntó la causa de lo que le sucedía, pero no lo consiguió. Luego quiso saltar al suelo, aunque en vano, porque estaba sujeto como si lo retuviese una poderosa mano.

Por fin, Bobón y sus amigos oyeron el ruido de la carretilla que se acercaba. Penetró en la casa y mientras tanto Tip, asustado a más no poder, se preguntaba por qué había sido secuestrado de aquella manera.

Una vez la carretilla estuvo en la cocina, aparecieron Bobón y todos sus amigos y el primero exclamó severamente:

—¿De modo que tú eres el ladrón que se apoderó, sin el menor derecho, de nuestros objetos más preciosos? Pero ahora estás cogido, criminal, y cogido por tu propia carretilla.

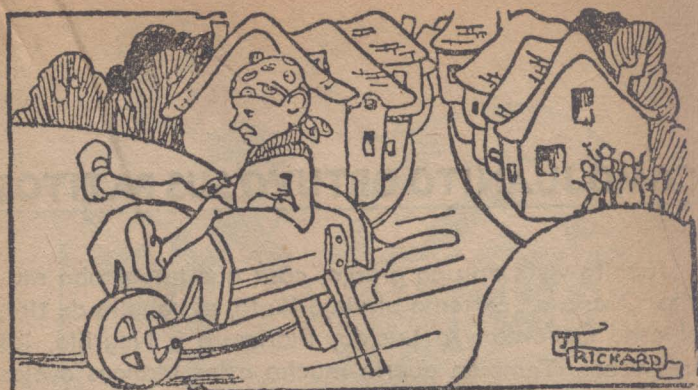
Tip observó que ya podía saltar al suelo y se apresuró a hacerlo.

—¿Cómo te atreves a llamarle ladrón?—exclamó.—No sé una palabra de todos esos robos. Ni una palabra. Quizá mi carretilla ha robado todos esos objetos, pero yo no tengo nada que ver. Es posible que mi carretilla los haya entregado a alguien que conociese la magia de que está dotada.

—Bueno; ahora queremos saber dónde están esos objetos, Tip—replicó Bobón.—Es inútil que niegues conocer su paradero. Dinos dónde están los objetos y así podremos recobrarlos.

Pero Tip continuó asegurando que no los había robado y que ignoraba su paradero. Por fin, Bobón desistió de su empeño y decidió utilizar la carretilla encantada. Él y sus amigos hicieron una lista de las cosas robadas que Bobón tomó en la mano. Danzó en torno de la carretilla tres veces en una dirección y otras tantas en la opuesta, y luego leyó los nombres de los objetos robados.

En cuanto hubo terminado, la carretilla se alejó, seguida por todos. Bobón tenía muy bien cogido a Tip. Y vieron que la carretilla se dirigía a casa de este último.



LA CARRETILLA ECHÓ A CORRER LLEVÁNDOSE A TIP, DIOS SABE ADÓNDE

Abrióse la puerta y la carretilla entró en la vivienda. Luego, con gran sorpresa de todos, se abrió el armario y, sucesivamente, salieron todos los objetos de que Tip se había apoderado. La carretilla cargó con todos ellos en medio del asombro general.

—Supongo—observó Bobón, dirigiéndose a Tip—que ya no seguirás negando.

Tip comprendió la inutilidad de hacer tal cosa y se puso rojo como un pavo.

—Eres un malvado—exclamó Bobón.—Ahora cada uno de nosotros vamos a darte una buena zurra. Después podrás montar, si quieres, en tu carretilla mágica, a fin de marcharte para siempre más del pueblo.

No podéis imaginaros la serie de zurras que al día siguiente recibió Tip. Luego Bobón lo subió a la carretilla, pronunció un conjuro mágico y Tip salió disparado, Dios sabe hacia dónde. Lo cierto es que desde entonces nadie más ha vuelto a saber de él.

CÓMO JUANITO OBTUVO SUS PATITOS

Juanito vivía en una granja, cosa que le gustaba mucho. Quería en extremo al viejo Pinto, el caballo de tiro, el asno Gallardo y a Lucida, Blanquita y Negrilla, las tres vacas. También quería mucho a las blancas ovejas que había en los campos y a las pardas gallinas y a los blancos patos que iban de un lado a otro.

Pero, sobre todo, le gustaban los animalitos pequeños. Siempre deseaba poseer alguno, pero su padre no se lo permitía.

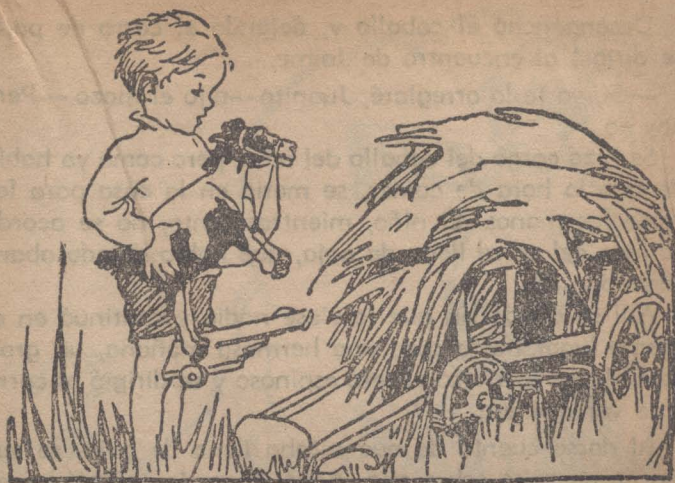
—No, Juanito—le dijo.—Eres demasiado pequeño y no los cuidarías como es debido. Te olvidarías de darles de comer o de algo por el estilo. Espera a tener más años.

—Pero, papá, ya soy bastante grande—contestó Juanito.—Te aseguro que tendría mucho cuidado en darles de comer y beber. Déjame que tenga dos o tres patitos amarillos. ¡Anda, papá!

Pero papá meneó negativamente la cabeza y el niño comprendió que sería inútil insistir.

Contentóse, pues, con ayudar a su padre a cuidar a los animales, siguiendo a Jaime, el mozo, cuando se dirigía a la pocilga o al gallinero para dar de comer a los cerdos y a las gallinas. Pero, de todos modos, deseaba con toda su alma ser dueño de algunos animalitos.

Un día, Jaime salió con objeto de llevar paja a los establos y Juanito creyó que podría ayudarle. Tenía un



—¡OH!—EXCLAMÓ JUANITO.—¡SE HA ROTO!

carrito de madera, con un caballo también de juguete. Resolvió llenar al carro de paja y luego tirar de él, arrasando el caballo. Y aquella paja le serviría para la perrera.

Amontonó, pues, alguna paja en el carrito de madera. La recogió del campo más allá del estanque de los patos, de modo que estaba a regular distancia de la perrera. Cuando Juanito hubo llenado el carro de paja, tomó el cordel que rodeaba el cuello del caballo de madera y empezó a tirar. Pero en cuanto llegó con el carro al seto espinoso que había a corta distancia del estanque, el caballo enganchó su base de madera en una piedra del suelo y aquella se rompió por la mitad.

—¡Oh!—exclamó Juanito disgustado.—¡Se ha roto!
¡Pobre caballito mío! Te llevaré a Jaime, porque quizá él podrá arreglarte.

Desenganchó el caballo y, dejando el carro de paja, se dirigió al encuentro de Jaime.

—Sí, ya te lo arreglaré, Juanito—dijo el mozo.—Pero hoy no.

Se hizo cargo del caballo del niño, pero como ya había llegado la hora de comer, se metió en la casa para lavarse las manos. El niño, mientras tanto, no se acordó ya más del carro lleno de paja, que había dejado abandonado.

Allí se quedó sin que lo viese nadie y continuó en el mismo lugar hasta que, una hermosa mañana, un gran pato blanco atravesó el seto espinoso y se dirigió al carro para ver qué era.

Al darse cuenta de que estaba lleno de paja, se subió de un salto sobre ella. Aquel lugar le pareció excelente para poner un huevo. ¡Oh, sí! Era mucho más agradable que cualquier otro sitio que hubiese podido hallar.

Puso un hermoso huevo, de color gris verdoso, y, después de permanecer un rato sentado, regresó al estanque.

Aquel pato se acostumbró ir cada día al carro de madera, en donde ponía un huevo. Pronto hubo doce allí y el pato los miró muy satisfecho.

Entonces se dispuso a empollarlos, de modo que todas las mañanas, antes de que se levantase nadie para ordeñar las vacas, la pata salía de su estanque para sentarse sobre los huevos. Los cubría perfectamente con su cuerpo y en cuanto a los huevos, estaban muy bien protegidos por la paja.

Juanito esperaba pacientemente a que Jaime le arreglase su caballo de madera y, después de una semana, quedó efectuada la reparación. Entonces el niño tuvo que buscar su carro, pues ya no se acordaba de dónde lo había dejado.



JUANITO NUNCA SE OLVIDA DE DAR DE COMER A LOS PATOS

Fué de un lado a otro, sin dejar de preguntar a cuantos encontraba, pero nadie lo había visto, de manera que el niño ya no sabía dónde buscar.

—Oye, Juanito—le dijo su papá,—mientras buscas el carro, mira a ver si encuentras huevos de pato en algún sitio. Me parece que alguna de las hembras ha puesto un huevo cada día, pero no sé dónde lo ha dejado.

—Yame fijaré, papá—prometió el niño.

—Si encuentras estos huevos, puedes quedarte con ellos.

El niño se alegró mucho al oír aquella concesión de su padre. ¡Oh, si pudiese encontrar los huevos! Pero conocía muy bien la habilidad de los patos en ponerlos donde nadie esperaría encontrarlos y, por lo tanto, no tenía gran confianza en lograrlo.

De pronto recordó en dónde había dejado su carro de madera. Vínole a la memoria que cuando se le rompió el caballo quería transportar paja a la perrera, de modo que el carro debía de estar en el campo.

Echó a correr y, en efecto, encontró el carro al lado del seto espinoso, en el mismo lugar donde lo dejara una semana antes. Al llegar a su lado, quedó asombrado, pues vió encima de la paja a una enorme hembra de pato, como si estuviese empollando unos huevos.

El volátil no se asustó al ver al niño, porque lo conocía muy bien, ni tampoco se alarmó al ver que Juanito metía la mano entre la paja.

—¡Huevos!—exclamó el niño.—¡Una nidada! Papá me los ha dado. Por fin tendré patitos.

Empuñó las varas del carro y, suavemente, tiró de él, haciéndolo pasar por la abertura del seto, hasta el lugar en que su padre estaba trabajando.

—Mira, papá—exclamó el niño.

El padre volvió la mirada y se quedó muy asombrado al ver que su niño empujaba el carro cargado de paja y que encima estaba echada una hembra de pato.

—Está empollando muchos huevos. ¿Me los das, papá? Estoy seguro de que pronto nacerán los patitos.

—Bueno—dijo su padre, sonriendo.—Puedes quedarte con ellos, Juanito; pero devuelve el carro al mismo

lugar en que estaba, porque, si no, la madre no volverá a empollar los huevos.

A partir de aquel día, todas las mañanas iba a visitar el carro. Poco después los polluelós rompieron las cáscaras y Juanito, lleno de alegría, vió a doce patitos lindísimos y ya podéis estar seguros de que los cuida en extremo y de que nunca se ha olvidado de darles de comer o de beber, de modo que su papá está muy contento de él.



LA SEÑORA CANUTA Y SUS FÓSFOROS

Hubo una vez una anciana, llamada señora Canuta, que todas las tardes encendía su lámpara en cuanto empezaba a oscurecer y cada día, sin excepción, veíase obligada a buscar sus fósforos.

A veces los encontraba en la repisa de la chimenea, otras sobre la mesa del tocador, en la mesa de la cocina o en el aparador.

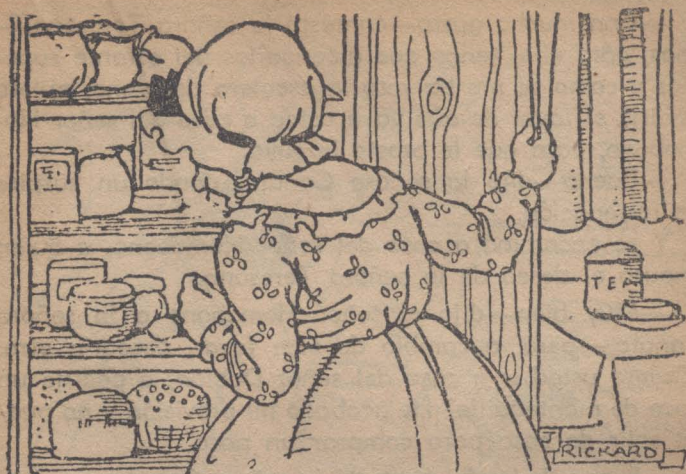
Pero ya se comprende cuán difícil es encontrar los fósforos a oscuras y la señora Canuta se daba tantos golpes contra los muebles mientras los buscaba, que comprendió la necesidad de idear algo para evitarlo.

—Por la mañana me pondré los fósforos en el bolsillo. Así los encontraré fácilmente por la tarde—pensó—y ya no tendré ningún inconveniente para encender la lámpara.

En efecto, a la mañana siguiente se metió los fósforos en el bolsillo y luego se dedicó a lavar y planchar la ropa. Comió rápidamente, porque tenía mucho que hacer, y luego siguió trabajando hasta la hora de la merienda y, por fin, llegó el momento en que tuvo necesidad de encender la lámpara.

En busca de los fósforos se dirigió al aparador, pero no estaban allí. Registró la mesa del tocador y la de la cocina, también en vano. En vista de esto se dirigió a la repisa de la chimenea y al pasar se dió un golpe contra la esquina del estante de los libros, pero, a todo esto, no encontraba los fósforos.

—Estarán en el cajón de la mesa de la cocina—pensó.



LA SEÑORA CANUTA BUSCÓ LOS FÓSFOROS EN LA ALACENA

Se dirigió allá, pisó la cola del pobre gato y luego se dió un golpe en la rodilla contra el taburete... Los fósforos no estaban donde se imaginó, a pesar de que, a tientas, los buscó por todas partes.

—Iré a casa del vecino a que me deje una caja. No puedo imaginar en donde los he dejado.

Se dirigió a casa de su vecino, para pedirle prestada una caja de fósforos y el buen hombre le contestó:

—Con mucho gusto, señora Canuta. En cambio, voy a pedirle un favor. ¿Quiere usted ir a casa de la tía Teresona, a pedirle un pote de su miel?

—Voy en seguida.

Y, en efecto, echó a andar calle abajo en dirección a la casa de la señora Teresona, a quien pidió un pote de miel para su vecino.

—Con mucho gusto—contestó la señora Teresona,—mas, para ello, tengo que alcanzarlos del estante superior y como se me ha roto la escalera de mano, quiero pedirle el favor de que vaya usted a casa del señor Homobono, para que le preste la suya.

—Bueno—dijo la señora Canuta, dando un suspiro de resignación.

Y se encaminó a casa del señor Homobono, a quien expuso el deseo de la señora Teresona.

—Muy bien—dijo el señor Homobono a la señora Canuta,—pero, a cambio de este favor, desearía otro. ¿Quiere usted ir a casa del señor Dablón, a pedirle un poco de mantequilla? He acabado mi provisión y no puedo salir de casa para comprar un poco.

—Bueno, lo haré—contestó la señora Canuta, ya aburrida.—Adiós. No tardaré mucho.

En efecto, se dirigió a casa del señor Dablón y después de manifestarle el objeto de su visita, él contestó:

—Iré a buscar la manteca, pero, como no tengo ningún papel fuerte para envolverla, hágame usted el favor de ir a casa del vecino para pedírselo.

La señora Canuta se dirigió a la casa inmediata, cuyo dueño le entregó un buen pedazo de papel grueso, aunque, por caso raro, no le pidió ningún favor a cambio de su amabilidad.

Dablón envolvió la mantequilla en un papel y la señora Canuta tomó el camino para volver a casa del señor Homobono. Allí recogió la escalera, que llevó a casa de la señora Teresona y ayudó a ésta a bajar el pote de miel. Entonces volvió a casa de su vecino, le entregó la miel y le pidió nuevamente los fósforos.

—Lo malo del caso—le contestó el vecino—es que no me acuerdo del lugar en que los dejé. Están, desde luego,



LA SEÑORA TERESONA TOMÓ UN POTE DE MIEL

en mi dormitorio. Vamos usted y yo a buscarlos y nos alumbraremos con una bujía.

Se encaminaron, pues, al dormitorio y el dueño de la casa llevaba la palmatoria con la bujía, pero, cuando entraron en la habitación, una corriente de aire apagó la llama y, naturalmente, se quedaron a oscuras.

—Ahora sí que estamos en un apuro—exclamó el dueño de la casa.—¡Dios mío! ¿Dónde estarán estos fósforos? A oscuras no es fácil que los encontremos y, sin fósforos, no podremos volver a encender la bujía.

En aquel momento, la señora Canuta se metió la mano en el bolsillo y ya se puede juzgar su alegría, cuando encontró la caja de fósforos. Se apresuró a encender uno y, mientras frotaba la cabeza fosfórica, exclamó:

—Mire, querido vecino. Acabo de encontrar mis fósforos. Ahora podremos encender la bujía.

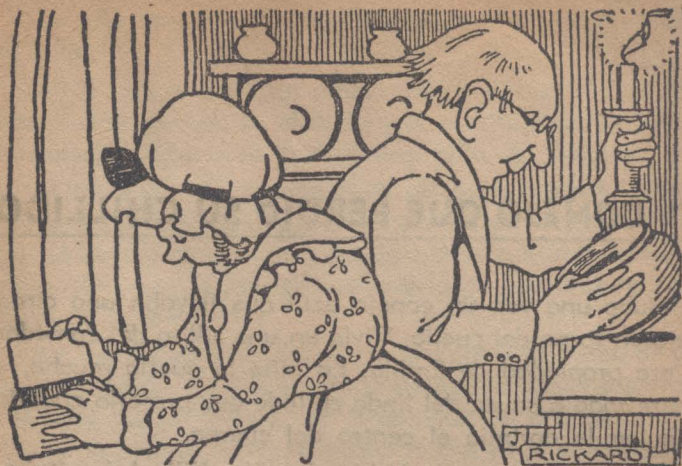
Pero no les fué posible encontrar en parte alguna la otra caja de fósforos. El dueño de la casa se enojó sobremanera y como estaba acalorado, tomó un pañuelo de bolsillo, para secarse la frente. Y en aquel momento cayó al suelo su propia caja de fósforos.

—¡Oh, aquí están!—exclamó.—También yo los tenía en el bolsillo.

—¡Tonto!—exclamó la señora Canuta, dejándose llevar por su enojo.—¿De qué ha servido que yo me echara al suelo, me ensuciara las manos y las rodillas y chocara contra los muebles de su dormitorio, mientras usted tenía los fósforos en su bolsillo? Es usted el hombre más tonto que he conocido. ¿Le parece bien buscar los fósforos por toda la casa, cuando los tenía en el bolsillo? ¿Por qué no se le ocurrió meter la mano en él para ver si estaban allí? Es bien seguro que si yo no hubiese sacado mis fósforos no hubiese podido encender la bujía.

—Me parece—contestó el vecino mientras se enjugaba el sudor de la frente—que usted también ha cometido una estupidez. ¿Por qué me ha venido a pedir los fósforos prestados, si llevaba los suyos en el bolsillo?

La señora Canuta se quedó muy avergonzada, porque, en efecto, acababa de reconvenir a su vecino por una falta que ella misma había cometido. Ahora recordaba ya que había metido los fósforos en su bolsillo para encontrarlos luego fácilmente, pero como no se acordó de ello, empezó a buscarlos por toda la casa y... es decir, lo mismo que había hecho su vecino. Y le llamó tonto



A LA LUZ DE LA BUJÍA BUSCARON LOS FÓSFOROS, SIN ENCONTRARLOS

y estúpido, cuando podía haberse aplicado los mismos calificativos.

—¡Dios mío!—exclamó, dejándose caer en una silla.— Soy mucho más tonta que usted, querido vecino. He ido a buscar miel, una escalera, mantequilla y un pedazo de papel para envoltorio, todo por no haber buscado antes en mi bolsillo, donde tenía guardados los fósforos. Ganas me dan de echarme a llorar.

—No, no haga usted esto—le contestó el vecino,— quédese a cenar conmigo y le prometo que comerá a gusto. Y como los dos somos bastante desmemoriados, creo que podremos contraer una buena amistad.

La señora Canuta aceptó el convite, y el resultado de todo aquello fué que los dos desmemoriados se casaron... a causa de una caja de fósforos. No hay duda de que en el mundo suceden cosas muy raras.

EL CONEJO QUE PERDIÓ SU CHILLIDO

Hubo una vez un conejo azul que llevaba una cinta roja en torno del cuello. Vivía en una sillita del comedor y era propiedad de Emilia. La niña lo quería mucho, y sobre todo a causa del lindo chillido que profería cuando alguien le oprimía el centro del cuerpo.

Me gustaría que lo hubieseis oído. **liiii**. Así gritaba. **liiii**. El conejito parecía estar vivo, de modo que la niña lo tenía conceptuado como el más lindo de los animales que poseía. El oso profería un grave gruñido y la mejor de sus muñecas sabía decir **Ma-má** cuando la ponían cabeza abajo, pero el chillido del conejo parecía mucho más natural que el gruñido del oso o la voz de la muñeca.

Cierto día el conejo se cayó desde lo alto de la silla al suelo. Quedóse sobre la alfombra sin que nadie lo viese, de modo que cuando la cocinera entró en el comedor lo pisó por el centro de su cuerpo. Él aritó **liiii** al sentir el peso de aquella mujer, quien dió un salto de miedo al oírlo. Luego miró al suelo y al ver al conejo exclamó:

—¡Dios mío! He pisado el conejito de Emilia.

Lo recojó y volvió a dejarlo en la silla, pero el caso fué que le había roto su chillido. En efecto, estaba descompuesto, porque cuando la niña volvió de paseo y le oprimió el centro del cuerpo, el conejito ya no chilló, por mucho que se esforzó en ello su dueña.

La niña, disgustada, dejó nuevamente el conejo sobre la silla.

—No quiere decirme nada, mamá—observó quejándose.—Ha perdido su chillido y si continúa mudo ya no lo quiero. Mañana se lo daré a la niña del lechero.

Al oír esto, el conejito tuvo un gran disgusto. Sería horrible perder a Emilia para ir a vivir con otra persona. Quizá otra niña le tiraría de las orejas o le retorcería el rabo. ¡Oh, no! A todo trance habría de procurar no alejarse de su amita.

Así, aquella noche, dejó su silla y salió en busca de un nuevo chillido. Estaba enterado de que la rata y los murciélagos saben chillar, de modo que se propuso ir en busca de uno de ellos, para que le diesen el chillido. Así Emilia estaría contenta y no le regalaría a nadie.

No tardó en encontrar un ratoncito color pardo, que iba en busca de unas migas caídas de la mesa.

—¡Eh, ratón!—llamó el conejo azul.

—¡iiii!—chilló asustado el ratón, tratando de meterse en un agujero.

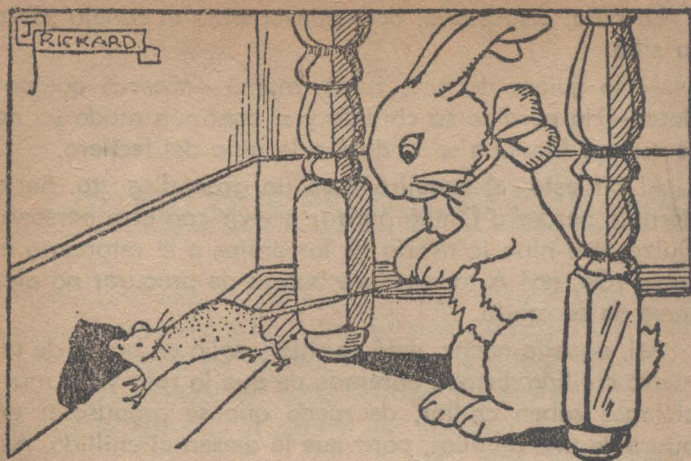
El conejo azul lo cogió por el rabo y, suavemente, tiró de él.

—No tengas miedo—le dijo.—Quiero pedirte una cosa. ¿No podrías cederme tu chillido? A cambio, te daré la linda cinta roja que llevo en el cuello.

—¡iiii!—volvió a chillar el ratón, todavía asustado.—De ninguna manera. Necesito el chillido para mí. ¿Cómo podría hablar con mi familia, si no? No seas tonto. Y ahora suéltame la cola o te muerdo. ¡iiii!

El conejo azul dió un suspiro y soltó al ratón.

—¡Qué lástima!—se dijo.—Ese chillido era muy bonito y me habría sentado perfectamente.



EL CONEJITO AZUL COGIÓ EL RATÓN POR EL RABO

Continuó su excursión y después de atravesar una puerta salió al jardín. No tardó en encontrar a un pequeño murciélago negro, que andaba persiguiendo a un escarabajito. El conejo agarró suavemente un ala del murciélago y lo detuvo.

—¡iiiiii!—chilló, asustado, el murciélago.—¿Qué haces? Suéltame.

—Oye, murciélago—le dijo el conejo.—Necesito un chillido, porque he perdido el mío. Cédeme el tuyo y te daré la cinta roja que llevo en el cuello.

—¡iiiiii!—chilló el murciélago, esforzándose en liberarse.—Para nada quiero las cintas rojas. Tengo miedo y si no me sueltas te morderé una oreja. ¡iiiiii!

El conejo azul soltó al murciélago.

—No estoy de suerte—pensó.—Al parecer, no me será posible encontrar un buen chillido. ¡Hola! ¿Quién va?

—Soy yo, el gato—contestó una voz suave y melosa.—
¿Qué haces en el jardín a esta hora, conejo azul?

El gato y el conejo eran grandes amigos y con frecuencia ocupaban la misma silla y aun en las noches frías se prestaban mutuamente su calor.

El conejo refirió a su compañero cómo había perdido su chillido y sus esfuerzos para encontrar uno nuevo para evitar que Emilia lo regalase a otra niña.

—Supongo que tú no tendrás ningún chillido que puedas prestarme—le dijo al gato, al terminar su historia.

—No, yo solamente sé mayar, bufar y roncar—dijo Zapirón.—Pero voy a decirte dónde hay un chillido muy bonito. Está en la puerta vieja del extremo del jardín. Me gustaría que lo oyese cuando el viento la mueve.

—¡Qué buena idea has tenido!—exclamó el conejo echando a correr hacia la puerta del jardín. Una vez llegado allí exclamó:—Puerta, ¿tienes acaso un chillido que te molesta?

—¡Iiiii!—contestó la puerta, abriéndose a impulsos del viento.—Lo tengo. Es un fastidio, porque las puertas han de estar libres de este defecto. Nuestra obligación consiste en abrirnos y cerrarnos en silencio. ¡Iiiii!

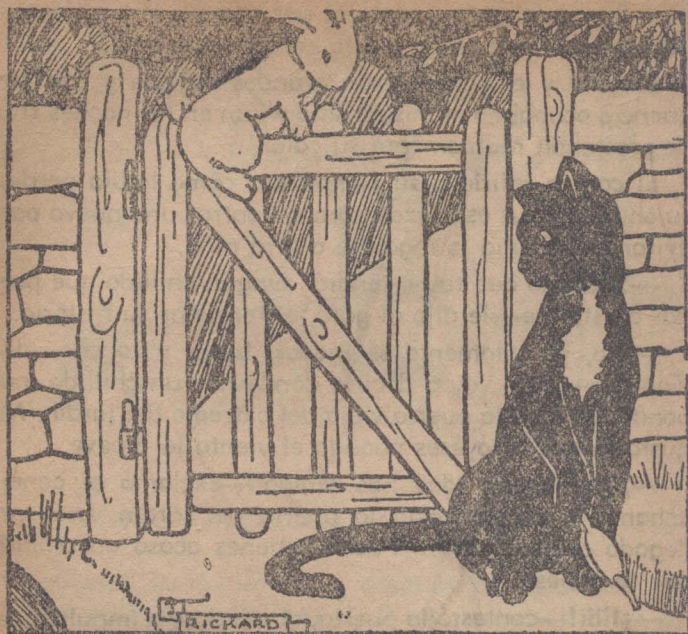
—Es un magnífico chillido—exclamó el conejo, embelesado.—¡Dámelo, puerta, porque he perdido el mío!

—Con gusto te lo regalaría, si tú me dices un buen trago de aceite en las bisagras—contestó la puerta. —
¡Iiiii!

—La aceitera está en el cobertizo—dijo el gato, interviniendo.—Voy a buscarla, conejito.

Pronunciadas estas palabras, se alejó y poco después reapareció con la aceitera.

—¡Iiiii!—chilló la puerta al abrirse.—Ponme el aceite



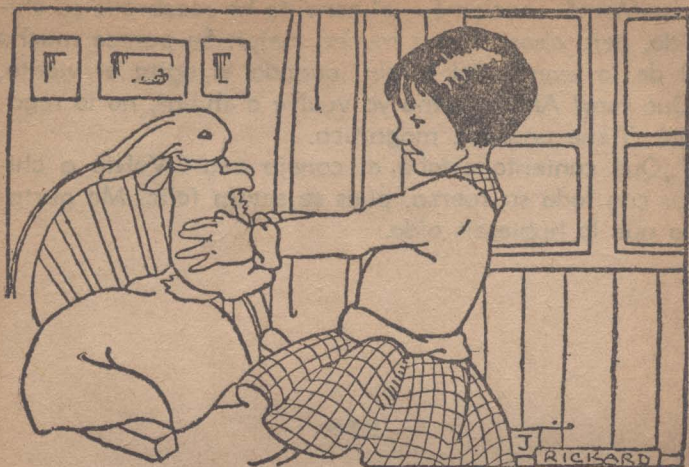
—¡YA ESTÁ! — DIJO EL GATO.—
¿CÓMO TE ENCUENTRAS, PUERTA?

en las bisagras y mientras tanto tú, conejo, súbete encima de mí, pensando constantemente en el chillido. Yo, por mi parte, desearé que pase a tu cuerpo.

El gato puso el aceite en las bisagras y mientras tanto el conejo azul se sentó sobre la puerta y pensó intensamente en el chillido.

—Ya está—dijo el gato, dejando la aceitera en el suelo.—¿Cómo te encuentras, puerta?

—Muy bien—dijo ella, oscilando en silencio de un



EL CONEJO CHILLÓ CON FUERZA Y EMILIA
LO CONTEMPLÓ EMELESADA

lado a otro.—Fíjate, ha desaparecido mi chillido. ¿Lo tienes tú, conejo?

—¡iiiiiiii!—chilló el conejo azul, que, al mismo tiempo, se cayó al suelo sorprendido y entusiasmado.—Sí, ya tengo tu chillido. ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! ¡iiiiiiii!

En compañía del gato, regresó al comedor de la casa y ambos se enroscaron en la silla, durmiéndose en extremo satisfechos. Por la mañana entró Emilia a tomar el conejo, dispuesta a regalárselo a la niña del lechero. Lo cogió y le oprimió el cuerpo. El conejo inmediatamente profirió un fuerte chillido:

—¡iiiiiiii!—dijo, en tanto que la niña lo contemplaba, embelesada.

—Mamá—exclamó,—el conejito ha recobrado su chillido, pero ahora suena mucho mejor. Se parece mucho al de la puerta del jardín, cuando la agita el viento. ¡Qué raro! Ahora, como ya vuelve a chillar, no lo regalaré. Tiene una voz magnífica.

¡Qué contento estaba el conejo azul! Volvió a chillar con toda su fuerza, pues se sentía feliz. Me gustaría que lo hubieseis oído.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

AVENTURAS DE GUILLERMO



RICHMAL CROMPTON, el autor de estas amenas narraciones, ha visto coronado su ingenio por el éxito más rotundo. Veintidós ediciones lleva publicadas de algunos de sus célebres libros de GUILLERMO, el más travieso, perspicaz y malicioso chiquillo de nuestros tiempos. Sus disparatadas y graciosísimas aventuras entusiasman a los pequeños, llenan de dulces añoranzas a los mayores y divierten mucho a todos los que las leen.

Publicados

GUILLERMO, EL PROSCRITO

GUILLERMO, EL INCOMPRENDIDO

En preparación:

GUILLERMO, EL GENIAL

Precio de cada volumen, en cartoné \$ 1.50

Venta en librerías y kioscos. Si no las encuentra en su localidad, puede pedir las acompañando su importe en estampillas o giros postales.

LOS ENVÍOS SON LIBRES DE PORTE

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES